

003. Tercer Domingo de Adviento B - Juan 1,6-28.

- *Pero, ¿cómo están aquí tan alegres?*, preguntó un periodista al entrar en el gimnasio donde los muchachos y muchachas de una importante Organización no Gubernamental se preparaban a clausurar con la Eucaristía su Congreso Mundial. Y recibió una respuesta para él inesperada del todo:

- *¿Y cómo no vamos a estar alegres si Jesucristo está en medio de nosotros?*

Una respuesta semejante es el mejor comentario al Evangelio de este domingo, en el que la Iglesia, por otra parte, abre la celebración con estas palabras *¡Alegraos siempre en el Señor! Os lo repito: ¡Alegraos!* Palabras de Pablo que son un eco de las otras de María, también repetidas hoy por todos: *Mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador*. Alegría que nos impulsa a hacer lo de Isaías: *Dios me ha mandado a llevar la alegría y buena noticia a los pobres*.

Estos son los sentimientos con que escuchamos el Evangelio de hoy y son también la fuerza que nos mueve a actuar decididamente por la causa de Jesucristo.

Las autoridades del pueblo judío, preocupadas por el fenómeno que están viendo a las orillas del Jordán, le preguntan a Juan el Bautista:

- *Pero, ¿quién eres tú?*

Juan comenzaba a brillar como un astro resplandeciente. Hacía varios siglos que no aparecía en Israel un profeta, y ahora viene este austero solitario que predica, que bautiza, que exige conversión, que pretende reformar las costumbres, y que, por otra parte, no pide nada, pues vive muy pobemente y come sólo langostas y miel silvestre... El diálogo se desarrolla vivaz:

- *¿Quién eres tú?*

- *Yo no soy el que vosotros pensáis. Vosotros os imagináis que soy el sol, y yo no soy más que un pálido reflejo de la luz que os va a inundar después. Os imagináis que yo soy el Cristo que esperáis. Y yo no soy el Cristo.*

- *Entonces, ¿eres tú Elías, el que subió al cielo en carro de fuego y que ha de volver?*

- *Yo no soy Elías.*

- *¿Eres acaso el Profeta, el nuevo Moisés que ha de guiar al pueblo?*

- *No, tampoco soy el Profeta.*

- *Entonces, ¿quién eres tú?*

Juan hace una confesión tan humilde como sincera:

- *Yo soy la voz de uno que grita en el desierto: ¡Preparad los caminos del Señor!*

- *Pues entonces, si tú no eres ni el Cristo, ni Elías, ni el Profeta, ¿cómo te atreves a bautizar?*

Aquí Juan viene a centrarlo todo:

- *Yo bautizo sólo con agua. Pero en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis. Uno que viene detrás de mí, y a quien yo no soy digno de desatar ni la correa de sus sandalias...*

Ese desconocido por el pueblo es Jesucristo, manifestado primero por Juan, después por los Apóstoles, y siempre por la Iglesia. Igual que por los simpáticos muchachos de la reunión, que creen en la presencia de Jesús en medio de ellos y que se aprestan después a llevar la buena noticia a todos, en especial a los más necesitados, como los jóvenes que para ello habían fundado su Organización.

¡Creer en la presencia de Jesús en medio de nosotros! He aquí el secreto de nuestras vidas cristianas. Si no sabemos descubrir a Jesucristo que nos acompaña en todas partes, nuestro cristianismo y nuestra vida espiritual entera adolecen de una pobreza lastimosa de verdad. Nuestra religión se parecería a la de tantos pueblos que creen en un dios, incluso en el Dios único y verdadero, pero que es un Dios lejano, morador de las estrellas, desentendido de nosotros...

Para nosotros, nuestro Dios es un Dios que se ha hecho presente en Jesucristo y al que descubren con facilidad los ojos inocentes y puros. El que tiene fe y conserva limpio el corazón encuentra a Jesucristo en todas partes. El mismo pecador, que en medio de su debilidad es sincero consigo mismo y con Dios, descubre sin velos en su conciencia a Jesucristo, que se le presenta ofreciéndole el perdón y la salvación.

La presencia de Jesús se hace ostensible de modo especial en la Eucaristía. Teniendo bien claras en el Evangelio y en Pablo las palabras del Señor: *Esto es mi Cuerpo, esta es mi Sangre*, el cristiano sabe a qué atenerse, y se repite con plena convicción: *Mis sentidos no ven a Jesucristo, pero lo cree mi fe. Lo veo en el Altar. Lo percibo realmente en la Comunión. Lo adoro escondido en el Sagrario. Sin meter mis dedos en sus llagas, como el testarudo Tomás, confieso con fe inquebrantable: ¡Señor mío y Dios mío!...*

En nuestros días, y como un signo providencial de los tiempos, la presencia de Jesucristo está siendo descubierta por la Iglesia en los pobres, en los enfermos, en los detenidos, en los marginados de la sociedad... A Jesucristo, aunque quiera jugar al escondite, lo hallamos oculto con disimulo en medio de los más necesitados, ya que Él mismo quiso identificarse especialmente con ellos.

¡Señor Jesucristo!

Quien no nos conoce puede extrañarse de nuestra alegría.

Nosotros, convencidos de tu presencia, sentimos el gozo más íntimo en el alma. La felicidad estalla en nuestras reuniones, especialmente en la Misa dominical. Llevamos después tu mensaje a los hermanos que esperan oír algo de ti. Y vamos contentos a ayudarte en los pobres, los preferidos de tu Corazón. El Bautista pudo decir entonces que se te desconocía en medio del pueblo. ¿A qué no lo dice hoy de nosotros?...

